

ANSELMO EN RESPUESTA A LAS QUEJAS DE WALERANNO.

Al señor y amigo WALERANNO, por la gracia de Dios venerable obispo de Newemburgo, ANSELMO, siervo de la Iglesia de Canterbury, salud, servicio, oraciones, afecto de amor.

Me alegro y doy gracias a Dios porque, como escribís, la Iglesia católica lo glorifica en vosotros; ya que en vuestro cambio aparece la gracia de la bondad divina, y tenéis la amistad y familiaridad del señor papa Pascual, de modo que ya me es permitido saludar amistosamente vuestra santidad. Lo que vuestra sublime humildad me compara a Minerva y me llama monte, no lo acepto en mí; ya que no entiendo nada en mí por lo que deba decirse esto de mí. Sin embargo, no debo ser ingrato a vuestra benignidad; ya que esto lo hace la abundancia de vuestra buena voluntad hacia mí. Solemos a menudo sentir cosas mejores de aquellos a quienes amamos, de lo que ellos mismos merecen. Por tanto, mi corazón no se gloria de la alabanza que no me corresponde, sino que se alegra dando gracias por el amor, que siempre debe ser amado.

CAPÍTULO PRIMERO. La variedad de ritos coexiste con la unidad de fe.

Vuestra reverencia se queja de los sacramentos de la Iglesia, ya que no se realizan de un solo modo en todas partes, sino que se tratan de diferentes maneras en diferentes lugares. Ciertamente, si en toda la Iglesia se celebraran de un solo modo y concordemente, sería bueno y loable. Sin embargo, dado que hay muchas diversidades que no difieren en la sustancia del sacramento, ni en su virtud, ni en la fe; y no todas pueden ser reunidas en una sola costumbre: estimo que deben ser toleradas en paz y concordia, más que condenadas con escándalo y discordia. Tenemos de los santos Padres que si se mantiene la unidad de la caridad en la fe católica, nada perjudica la costumbre diversa. Si se pregunta de dónde nacen estas variedades de costumbres: no entiendo otra cosa que las diversidades de los sentidos humanos. Que aunque no disientan en la verdad y virtud de la cosa, no concuerdan en la aptitud y decencia de la administración. Pues lo que uno juzga más apto, otro a menudo lo considera menos apto; y creo que no concordar en tales variedades no se desvía de la verdad misma de la cosa.

CAPÍTULO II. Sobre las quejas acerca de una sola formación de la señal de la cruz.

Ciertamente, que algunos al sacrificar el cuerpo y la sangre del Señor, hacen cruces individuales para cada uno desde el principio en el canon; otros solo hacen cruces individuales para cada uno, donde se nombra individualmente el pan o el cuerpo, y individualmente el cáliz o la sangre: pero donde se nombra la oblación o la hostia, hacen una cruz para ambos; ya que así como Cristo es uno, que se ofreció a sí mismo por nosotros; así es una la oblación, y una la hostia en el pan y el vino que ofrecemos: no veo que estos difieran más en esto de Cristo, que bendijo cada uno por separado, que todos aquellos que no sacrifican el cáliz después de la Cena, como hizo Cristo, ni siempre al atardecer, como hizo Cristo, y que llaman a ambos juntos con un solo nombre de oblación o hostia, lo que Cristo no hizo. De donde podemos concluir que podemos ser diferentes entre nosotros en esta acción, manteniendo la verdad de la cosa, sin reproche, ya que somos diferentes del mismo autor de este sacrificio sin ofensa. Donde decimos: Estos dones, estas ofrendas, estos santos sacrificios, ya sea que se asignen cruces individuales al pan y al vino por separado, o que ambos se santifiquen con una sola cruz, no veo en esta diversidad una discordia reprochable, a menos que tal vez porque es más conveniente que ambos sean marcados con una sola cruz, así como son santificados con una sola palabra de bendición. Pues cuando bendecimos a

varias personas, o cosas diversas al mismo tiempo, no devolvemos cruces individuales a cada uno, sino que creemos que una sola cruz es suficiente para todos.

CAPÍTULO III. Sobre la cobertura del cáliz durante el sacrificio.

En cuanto a que algunos desde el principio cubren el cáliz, unos con un corporal, otros con un paño doblado para protegerlo de la impureza, y no dejan el cáliz descubierto, como Cristo fue crucificado desnudo, para que, como significáis, se mostrara revelado al mundo: no entiendo que deban ser reprendidos por la desnudez de Cristo, que no es significada por ellos en el sacrificio, más que porque no demuestran en el mismo sacrificio, que él fue crucificado fuera de la ciudad, fuera de la casa, y bajo el cielo desnudo. Lo cual, sin embargo, no carece de gran razón. Pues Cristo, que sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21); también nos dio ejemplo en esto, para soportar por la justicia un desprecio y pobreza incomparables. Pues fue tenido en tal desprecio y juzgado execrable que ni siquiera fue considerado digno de morir dentro de alguna habitación humana; ni entre los hombres, salvo entre los execrables, ni bajo algún techo sino bajo el cielo del que no podía ser expulsado, para que según el Profeta: Fuera considerado oprobio de los hombres y abyección del pueblo. Fue tan pobre que al venir al mundo, no nació en su propia casa sino en una ajena: y al nacer, por la falta de lugar, fue puesto en un pesebre de animales brutos: y viviendo en el mundo no tenía dónde reclinar su cabeza (Salmo XXI, 7; Lucas IX, 58); ni al morir, de dónde cubrir su desnudez; ni muerto, de dónde envolverse; ni sepulcro, ni lugar donde colocar su cuerpo. Todo esto debe ser más imitado en la vida por el efecto (cuando la razón lo exige) que significar la desnudez de Cristo por la desnudez del sacrificio. Ni puedo conjeturar por qué debe cuidarse más que el sacrificio no sea cubierto con un paño, porque Cristo sufrió desnudo, que no se realice bajo techo, o dentro de la ciudad, porque Cristo sufrió bajo el cielo desnudo fuera de la ciudad. Si el uso no permite que se realice fuera del techo debido a las perturbaciones del aire, parece por la misma causa que el cáliz no debe descubrirse durante el sacrificio, debido a ciertas incomodidades que pueden ocurrir. Por lo tanto, creo que es más seguro y diligente que el cáliz sea cubierto, para que no caiga en él ni una mosca ni algo indecente (lo que hemos sabido que ha ocurrido a menudo): porque descubierto se expone a impurezas contingentes. Esto respondo a vuestra sabiduría según mi sentido, sin rechazar una mejor razón de nadie. Sobre aquellos que sacrifican con pan fermentado, os envié hace tiempo una carta.